

# El abuelo y yo

Paula Andrea Ocharán Barona

Lima, Perú. Agosto del 2002. Viajé para conocer a mis abuelos y a mi familia paterna. Estuve tres días en Lima y luego tomé un avión hacia el Cuzco. Mi abuelo fue uno de los primeros en saludarme. Nunca nos habíamos visto pero sentí que teníamos una conexión especial.

Después de varios días, todos notaron que el abuelo y yo nos llevábamos muy bien. Pasábamos juntos todo el día. Siempre por la tarde, me llevaba al parque y de regreso me compraba ositos de goma. Un día mi prima Valeria y yo jugábamos a las muñecas y de un momento a otro, ella me mordió en el brazo. Alcanzó a salirme un poco de sangre. El abuelo la reprendió, me limpió y me puso un pedazo de venda en el brazo. Como yo lloraba mucho, el abuelo me llevó un helado para calmarme.

Yo no sabía que uno de los motivos de nuestro viaje eran las bodas de oro de mis abuelos. Esa tarde de la celebración, mi tía puso un lindo vestido sobre mi cama y me pidió que le ayudara a hacer la torta para la fiesta. Todo salió muy bien.

A la mañana siguiente, me desperté con un fuerte dolor de cabeza y me di cuenta de que mi nariz estaba sangrando. El pecho me latía muy rápido y al asustarme lo primero que hice fue gritar ¡abuelo...!

Llegó muy rápido. Se asustó al verme y le dijo a mi abuela que llamara al doctor. Este llegó una hora después, me revisó y luego habló con mi abuelo. Le explicó que solo era taquicardia producida por la altura y que mejor que mantuviera en reposo.

El abuelo nunca me dejó sola. Me cuidaba todo el día. Pasaron los días y me sentí mucho mejor. Ya faltaban pocos días para regresarnos.

El último día, el abuelo estaba muy triste. Me dio un abrazo fuerte y me entregó una bolsita de terciopelo rojo. Al abrirla vi que dentro tenía dos aretes de oro en forma de trébol. Lo abracé y le di un beso. Me alejé, lo mire, caminé hacia la puerta y me despedí de nuevo.

Pasaron cinco meses, hasta que una tarde del nueve de diciembre mi mamá recibió una llamada de mi abuela diciéndole que el abuelo había fallecido. Ella me contó pero yo no lo podía creer. Yo tenía nueve años y no podía aceptar que el único abuelo que pude conocer ya no vivía.

En el tiempo que estuvimos juntos hicimos un lazo muy fuerte. El fue mi mejor amigo. Ahora que estoy más grande puedo comprender lo sucedido. Pero nada va a aliviar el dolor que sentí ese día. Pienso mucho en él y siempre uso los aretes que me regaló pues siento que con ellos, él está conmigo de algún modo.